

Extranjeros Y Peregrinos Sobre La Tierra

"Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación" (Génesis 47:9)

Luego de vivir más de veinte años pensando que su hijo José había sido devorado por una bestia (Gen. 37:33) Jacob, a quien Dios llamó Israel, viajó a Egipto para encontrarse con su hijo José, quien era el segundo luego de Faraón en Egipto.

El plan de Dios seguía en marcha, a quien sus hermanos rechazaron por envidia Dios lo levantó para preservar la vida de mucho pueblo (Gen. 50:20-21).

Al hablar a Faraón, Jacob manifestó su fe considerándose un extranjero y peregrino sobre la tierra (Gen. 47:9; Heb. 11:13). Al decir esto claramente dio a entender que tenía una "patria", pero que no era terrenal, sino celestial (Heb. 11:14-16).

Las Escrituras describen al pueblo de Dios como extranjeros, peregrinos, forasteros y advenedizos. Quienes jamás se aferran a la apariencia de este mundo (1 Cor. 7:31) pues ellos saben que "las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Cor. 4:18).

El mundo insiste en ver para creer, tropezando contra la incertidumbre y la duda, experimentando para vivir, sin certeza ni convicción más allá de esta vida.

Cristo enseña a creer para ver (Juan 11:40; 20:29), otorgando a su iglesia la certidumbre, la paz, la seguridad y el gozo que nadie más puede brindar (Jn. 14:27; Fil. 4:7).

El pueblo de Dios no es de este mundo (Heb. 13:14), mas bien vive con la expectativa de una patria celestial (Heb. 11:16). El pueblo de Dios vive en el temor de Dios durante los días de su peregrinación (1 Ped. 1:17). Su ciudadanía

está en los cielos (Fil. 3:20). La iglesia de Cristo es peregrina por fe "no por vista" (2 Cor. 5:7).

Los cristianos, expuestos a la persecución del mundo (Mat. 5:10-12; Jn. 17:14) viven en la esperanza de la vida eterna (2 Tim. 4:7-8) previo regreso el Señor Jesús (Hech. 1:11; Jn. 14:1-3).

Debido a todas las grandes y maravillosas promesas, los cristianos no procuran los tesoros terrenales (Mateo 6:19) sino los celestiales (Mateo 6:20), se abstienen de los deseos carnales (1 Pedro 2:11) brillando como luminas en el mundo (Filipenses 2:15).

Los cristianos aprecian su vida en este mundo como un peregrinaje. Saben que no estaremos para siempre en este mundo y mantienen la mirada fija "donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3:1).

¿Quiere usted vivir eternamente con Dios allá en los cielos?

Primero debe "nacer de nuevo" (Jn. 3:3,5) obedeciendo el evangelio de Cristo (1 Ped. 1:23-25). Cristo dijo: "El que creyere [su evangelio] y fuere bautizado, [luego de la fe y conforme a su evangelio] será salvo" (Mar. 16:16; vea también Hechos 2:38). Nadie puede ser salvo sin el bautismo que Cristo mandó (1 Ped. 3:21) por el cual el pecador es resucitado con Cristo (Col. 2:12) y revestido de Él (Gálatas 3:26-27).

Es por la obediencia al evangelio de Cristo que la iglesia fue establecida (Hech. 2:38, 41, 47). Todo aquel que obedece este mismo evangelio es añadido a la iglesia que Cristo estableció y por la cual Él murió (Luc. 8:15; Hech. 2:47, 20:28).
